

Hace pocos días la editorial *La liebre libre* de Maracay hizo a la calle **Adagio de la desconocida**, cuaderno de travesía en el que nos encontramos con el Gustavo Pereira de los **somaris**. Un reconocimiento que el poeta merece por su larga tradición de sueños y lugares, por llevarnos enteros en su "canción para saxo y soledad", sonido y sensación, perfecta simbiosis que es la poesía.

**Alberto Hernández**

**Alberto Hernández**

**Fragmentos de la Misma Memoria**

Editorial Actum, Caracas, Venezuela 1994

Empezaremos por decir que la narrativa y la poesía dejaron de existir para empezar a ser. Poco a poco los llamados "géneros literarios", territorios inventados para su propia comodidad por los críticos o investigadores, se han ido desdibujando y confundiendo hasta dejar de existir. ¿Quién se atreve, en buena lid, a definir con absoluta precisión lo que es poesía, para diferenciarlo de la narrativa? ¿Quién puede convencer a alguien que sepa de literatura, de que un cuento se diferencia claramente de un ensayo o de lo que, para confundir más las cosas, se ha dado en llamar "poema en prosa"? ¿Quién puede trazar con precisión la línea que divide la poesía de la prosa? No ocurre, por lo menos por ahora, lo mismo, con quienes *hacen* literatura. Cuando nos referimos a personas y no a objetos, el poeta sigue siendo poeta, el narrador, narrador y el ensayista, ensayista. Independientemente de que el poeta escriba excelentes cuentos, o el novelista haga ensayos estupendos o el ensayista sea capaz de escribir poesía de primera categoría. Y eso vale también cuando es una misma persona la que con igual solvencia escribe una estupenda novela, una oda a la mermelada de maní y un libro sensacional en el que se estudia la envidia del pene entre las pioneras de la narrativa oral. Sencillamente, al escritor hay que etiquetarlo nítidamente, clasificarlo tal como los entomó-

logos hacen con los insectos, y dejar claramente establecido que se trata de un novelista, un poeta, un ensayista, un periodista, un dramaturgo, un crítico o un orador sagrado.

Ese es, desde luego, el caso de Alberto Hernández (Calabozo, 1952 (a quien seguiremos llamando, y con plena justicia, poeta, por sus varios libros de poesía, entre los que cabe destacar *Ultima instancia* (Mención Honorífica en el Concurso de La Casa de la Cultura de Maracay, 1985), *Ojos de afuera* (Premio Nacional del IPAS-ME, mención poesía (1989), y *Bestias de superficie* (Premio de Poesía del Ateneo de El Tigre, 1992). Pero, tanto en Maracay, gracias a *Umbra* y a *El Periódico*, como en Caracas, por *El Diario de Caracas*, todos hemos leído y admirado sus frecuentes trabajos de crítica e investigación. Y a partir de ahora tendremos que reconocer en él un formidable narrador, autor de uno de los libros más completos que se han publicado en esta parte del mundo, que lleva el título de *Fragmentos de la Misma Memoria*, y que, por *¿¿¿* de lo que dijimos al comienzo, no podemos clasificar como libro de cuentos ni como libro de relatos ni como novela ni como poemario, porque los géneros literarios han desaparecido.

El primer texto —o capítulo— (*El próximo silencio*, pp. 11-12) es claramente cinematográfico. Describe en presente impersonal una escena en la que el narrador protagonista “es testigo de un crimen”. En él hay referencias a un capítulo o texto anterior, inexistente, y, más que diálogos, tiene indicaciones de parlamentos y acotaciones para que el director, encargado de realizar el guión, decida entre una situación u otra.

En el segundo (*Asunto de sombras*, pp. 13-15) ya aparece una mujer con nombre propio, Lucrecia Lizar, que ha “disparado contra una sombra que se deslizaba por su cuarto”. Pero esta vez es un *film* ya realizado, puesto que al final “Suponemos —desde nuestras butacas— que expira”. Sólo el autor sabe si lo que hemos leído (o presenciado) es algo que ocurrió en la pantalla o en un apartamento vecino.

A partir de el tercero (*Senda de revelación*, pp. 16-17) la mujer aparece con varios nombres: Lisa, Rita, Yara, Amparo, Elisa, Lucila,

Leticia, Julia, Teresa, Alina, Helen, Diana, Angela, Leda, Regina, etcétera. Un mismo rostro con muchas gracias en un juego caleidoscópico, o de ojo de boticario, o de modernísima "discoteca" de esas llenas de luces que varían con la música estridente, sólo que aquí no hay estridencias, sino referencias a Borges y Cortázar y Musil o a cualquier invención contemporánea que el autor ubica, deliberadamente, en donde no es fácil encontrarla. Es en esas muchísimas mujeres, que son una sola, en donde se determina la condición fragmentaria de la unidad narrativa. El protagonista, si lo hay, está diluido en una especie de no presencia. Es una novela, pero a la vez se trata de un libro de relatos que pueden leerse por separado, si se prefiere. En todo caso, se trata de textos logrados desde la más profunda interiorización del personaje, en la que el lector está inmerso en el narrador.

Como todos los buenos novelistas, especialmente los de los últimos decenios, Hernández crea en *Fragmentos...* un mundo propio y hasta un espacio geográfico, Galina, que no es otro que el pueblo de Guardatinajas, junto al río Tizandos, cerca de Calabozo, en el Guárico que vio nacer a Alberto Hernández. El lenguaje, aun cuando gráficamente se parece al de cualquier libro de cuentos o cualquier novela, es en realidad poesía, tan poesía como cualquiera de esos libros que han convertido a Alberto Hernández en un coleccionista de premios, muy merecidos y ganados a fuerza de talento, trabajo, constancia y poesía.

En resumen, a partir de ahora, en un tiempo en que ya no se puede hablar de poesía o de narrativa o de ensayo, tendremos que aceptar que Alberto Hernández con instrumentos propios de poesía, ha escrito una de las mejores obras de narrativa que se han hecho en nuestros tiempos sobre la cual se escribirán muchísimos ensayos en lo futuro.

**Eduardo Casanova**